

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.—NÚM. 8131

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, y se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París: Mr. A. Lorette, rue Caumartin, 61. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31. y en Londres, Fleet Street, E. C. 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 12 de Diciembre 1888

CURA inmediatamente toda clase de Vómitos y Diarreas (de los típicos, de los niños y de las embarazadas) de los niños, Colera, Tífus, Gástricos y úlcera del estómago. **DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS**



EL BARCO DE VALENCIA en la Exposición de Barcelona

La única medalla de oro Concedida al chocolate En la industrial competencia Del Universal Certámen, La han ganado los de EL BARCO Por sus precios y sus clases; Y la medalla de plata, Los tes y cafés que saben Preparar en esta fábrica Por medios tan especiales. ¿Quién negará, ni siquiera Pondrá en duda en adelante Que la marca de EL BARCO Es la marca inmejorable?

Representante general en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Risueño, Caridad, 3, Cartagena.

El muelle de nuestro Puerto

II

Para demostrar que Cartagena está, no ya abandonada de todos, sino abandonada de sí misma, que es mil veces peor, hasta recordar alguna de las infinitas cuestiones que tan directamente afectan á sus intereses más sagrados y que yacen en el más punible de los olvidos. No es hoy nuestro ánimo recorrer la inmensa lista de los males que tan continuamente lamentamos, ni entrar en el minucioso examen de las causas que más poderosamente han podido traerlos al estado de inercia, que de continuar por mucho tiempo acabaría por aniquilarnos. Nuestro propósito, es llamar una vez más la atención de las corporaciones obligadas en primer lugar, á entender en un asunto de excepcional interés y de suma vitalidad é importancia, tanto para nuestro comercio local, como para el de tránsito, que al desarrollo ha tomado y está llamado á tomar en lo sucesivo.

Nos referimos al hecho inconcebible, de que después de más de 20 años de estar establecida una vía férrea que nos comunica con el resto de Europa, todavía no se haya conseguido que aquella recorra el muelle de este puerto, abaratando así los gastos de las mercancías á la par que dando las facilidades convenientes en las operaciones de su recepción y expedición.

Para poner más de relieve nuestra incertidumbre en esta cuestión, citamos en un artículo que hace pocos días publicamos sobre este mismo asunto, el ejemplo de Aguilas, cuyo camino de hierro que la ha de unir con Lorca, arranca desde el muelle de su puerto, en el cual forma armónico dúo con el ruido propio de las faenas comerciales, el silbido de la locomotora, que parece ganosa de evidenciar desde el primer momento, las ventajas de su presencia en aquel lugar destinado al movimiento comercial á cuya utilidad se consagra.

¿En qué consiste que en Cartagena, cabo

de una de las líneas más importantes de las que cruzan la Península y en funciones desde hace largos años, con un muelle terminado y haciendo servicio en toda su longitud desde hace más de sets y con espacio suficiente para cuanto desarrollo quiera darse á su aplicación; estamos hoy á la cola de Aguilas, que apenas si ha visto comenzar los trabajos del camino de hierro que la ha de poner en comunicación con el resto del mundo?

Aunque ligeramente, ya indicamos en el artículo á que nos hemos referido, que la Junta de Obras de este puerto ha hecho por su parte cuanto de ella ha dependido, para poner remedio al mal de que nos quejamos y desde 1882, en que su malogrado Director técnico, redactó el primer proyecto de vías y tinglados, ha venido preocupándose preferentemente de este particular.

Dicho proyecto según noticias que tenemos por ciertas, ha sido devuelto varias veces desde el ministerio de Fomento para modificaciones y reformas, hasta que convenido todo y redactado, un proyecto nuevo y completo en 1886, fue devuelto de nuevo, para que se cambiara la distribución dada al muelle, ó sea, la división en zonas de carga, depósitos, paseos, cunetas, carretera, y quedando por lo tanto inútil todo lo que bajo la base de la distribución antigua venía haciéndose respecto á vías desde 1882. Hubo por consiguiente, que empezar por hacer el estudio de nueva distribución que á mediados de 1887 fue aprobado; y con arreglo á este nuevo reparto se ideó otro proyecto de vías, que la Junta remitió hace muchos meses y está esperando el examen y aprobación superior.

Con tales dilaciones, se nos informa igualmente, que la compañía del ferrocarril de Madrid, Zaragoza y Alicante, que esperaba la instalación de las vías en el muelle para enlazar con ellas las suyas, creyó conveniente, á excitaciones de la Junta de Obras, pedir permiso al ministro de Fomento, para instalarlas con carácter provisional en la parte del muelle al Levante del varadero de embarcaciones menores; y seguido el expediente é informes indispensables, una R. O. de 7 de Marzo de 1888 concedió á la citada compañía lo que solicitaba, pero imponiéndole algunas condiciones, para evitar llegase aquella á considerar parte del muelle como estación y propiedad suya, con perjuicio de los demás y para que las vías se levantaran inmediatamente en que la Junta, aprobado que fuese el proyecto de que se ha hecho referencia, estuviera en condiciones de poder instalar las suyas.

Desde entonces acá, las cosas han continuado en tal estado y si bien las dilaciones sufridas en las resoluciones de la superioridad en primer término, han podido influir poderosamente á que el servicio de que se trata no esté ya planteado, la compañía de M. Z. A. resulta desde Marzo último y especialmente desde que esta Junta de Obras intervinó en el asunto, como la única causante de que cuando menos, la parte de muelle de Levante antes aludida, no se halle ya en comunicación directa con su línea, que para mayor contrariedad va retirándose más cada día de los muelles, con

notorio daño al comercio, cuyas operaciones van siendo cada vez más costosas. Situación verdaderamente anómala y que sólo puede explicarse por la acumulación de hechos inconcebibles.

Detalladas las causas productoras de tan triste efecto, no podemos sustraernos á hacer constar nuevamente que si Cartagena se ocupase más de sí misma, sin esperar todo del acaso ó de lo que quieran darle; si sus corporaciones y sus hombres se movieran siquiera lo bastante para dar señales de vida y de que no ven con resignación musulmana los daños que se la vienen encima, es evidente que hubieran encontrado medio de conseguir lo que tanta falta hace para facilitar y abaratar las operaciones por este puerto, único medio de luchar con ventaja con nuestros concurrentes de esta misma provincia y los de las vecinas. Si la compañía de M. Z. A. observa la indiferencia con que aquí se mira su poca actividad, en hacer uso de la concesión que se le confirió, ¿no tiene Cartagena medios de estimularla á que este estado de cosas tenga un pronto término, ya que de ello la misma compañía ha de derivar positivas ventajas?

Tiempo es ya, pues, de que como hemos indicado, la Cámara de Comercio y el Circulo Mercantil den muestra de su existencia, promoviendo éste y otros asuntos de vital interés para Cartagena, y ya que alguno de sus individuos lo son también de la Junta de Obras del Puerto no les será difícil poner sobre el tapete ésta y otras cuestiones, de cuya pronta é inmediata resolución depende que Cartagena no se quede tan atrás en la corriente de los adelantos y mejoras, y que tenga por último, que mostrarse desengañada de que en cierto orden de cosas, para llegar tarde vale más no llegar nunca.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior: *

SERENO.

MEMORIAS DE UN CORNETA

El regimiento formó en el patio del cuartel. Hacía un frío horroroso; temblábamos bajo nuestros burdos capotes y los dedos, agarrados por el vientejillo glacial de la madrugada, se pegaban al cañón del fusil, que de puro helado quemaba.

Estábamos en su lugar descanso: el silencio más completo reinaba en las filas: las últimas sombras de la noche nos envolvían aun y contemplábamos con envidia y tristeza las ventanas de los dormitorios, que abiertas sobre el patio nos ensañaban, débilmente esclarecidos por moledones farol el techo, bajo el cual quedaban desiertos nuestros lechos, intempestivamente abandonados por el toque de llamada á la carrera.

Todos se hallaban en sus puestos: faltaba solo el coronel que no tardó en llegar: traía en la mano un pliego cerrado y al llegar cerca de mí, exclamó con su acento brusco y áspero, disponiéndose á leerlo.

—A ver corneta, echá un fósforo.

Encendí una cerilla que iluminó por un momento con amarillenta claridad las filas próximas: fijé mis ojos en el coronel, vi arquearse

sus cejas negras y espesas y oí que dijo con frase tan pronto articulada como reprimida — siga V. S. adelante mientras quede un solo hombre.

Algo así como el frío del espanto circuló por todo mi ser.

—Atención—me gritó el coronel que ya había cabalgado; y como el miedo perturbando un tanto mis facultades artísticas arrancara á la corneta un sonido bronco y desafinado, su señoría me avisó con la batuta, es decir, me midió las espaldas con su bastón, repitiendo:—Animal, he dicho que atención.

Esta vez salió el toque templado, claro, sostenido, uno de aquellos toques que entusiasman al maestro cuando nos adiestra en los vecinos barbechos: una nota aguda y prolongada que vibró poderosa en la solemne calma de la noche, con toda la fuerza de mis diez y ocho años y del escozor que había dejado en mis costillas la elocuente advertencia del coronel.

¡Firmes!—exclamó su voz rápida y enérgica.—Oyóse el ruido seco y uniforme de mil fusiles cuyas culatas chocaban á un tiempo en las piedras del patio: resonaron dos ó tres voces de mando y emprendimos la marcha por la polvorienta carretera que del cuartel conduce á la ciudad, á punto que la primera luz de una aurora de invierno esclarecía el horizonte.

II

Ahora, puesto que hay luz bastante, voy á presentaros al coronel. No era un hombre, no era nada—según él decía—era solo un militar; cada galón conquistado le costaba un agujero en el pellejo: ni sentía ni discernía, y aunque en su bocanangas brillaban tres estrellas, pesaba sobre su cerebro la misma sombra que lo invadía cuando una partida receptora lo sacó de quinto en una miserable aldea de la montaña. Rutinario ciego, se escusaba de pensar; la superioridad era su providencia y pensaba por él, y la ordenanza era su pensamiento escrito.

Estábamos ya cerca de la ciudad. Sus muros negruzcos se dibujaban en accidentado contorno: emplazada en la carretera, la puerta del recinto, cerrada á piedra y lodo, parecía desafiar orgullosa con las dos piezas que, una á cada lado, en anchas cañoneras, la defendían: el regimiento avanzaba en columna cerrada desde hacía algunos instantes; los ojos de muchos miraban al cielo como pidiéndole hospedaje: en algunos semblantes, súbitas palideces denotaban el fatigazo del pavor y por todos los cuerpos circulaba ese escalofrío con que el invencible instinto de la materia saluda la aproximación del peligro.

De pronto sonó un cañonazo: la plaza nos daba los buenos días: una granada estalló en el centro del primer batallón; oyéronse los lamentos é imprecaciones, hubo un momento de desorden y luego las filas volvieron á cerrarse con toda regularidad: quedaron detrás dos cadáveres, pero el regimiento siguió marchando impasible como si desfilara ante ellos para rendirles los últimos honores.

Los enemigos no gastaban pólvora en balde, nos ametrallaban impunemente; avanzábamos con estoica impasibilidad, las granadas caían de lleno en medio de las compañías y ni uno solo de sus cascos era perdido.

Fue entonces cuando un teniente coronel, acercándose al coronel le dijo respetuosamente.

—¿Lo parece á V. S. que nos despleguemos en guerrilla? Desde esas murallas nos diezman impunemente.

El coronel no se dignó mirar á su inter-